

José Francisco Conde Ortega

CAZADOR

Como un juego del tiempo
que quiere regresar y detenerse,
maduran pechos intocados
en los ojos
de un octubre que nace del asombro.

La tarde se encandila
en un fragor de blusa y tobilleras;
el color de la piel
ilumina las pisadas y la calle:
dos óvalos revientan el prodigio de la tela.

Tiembla el lobo.
La boca se humedece
siguiendo fijo itinerario.



LOBO VIEJO

El lobo mira al cielo
y la negrura de la noche
declara su verdad de lobo viejo;

las cicatrices de otras sombras
dejan ver su huella en los colmillos.

El lobo intenta los zarpazos
que dañan solamente al aire de la noche
sucia de cristales y de luces.

El lobo mira sus orejas en el charco
y aparece un cielo oscuro:
no amanece.



Del libro *Los lobos viven del viento*